

Prólogo

Un hermoso regalo

Cuando mi amiga y compañera Analía E. Leite Méndez me pidió la redacción de este prólogo, me ofreció en bandeja de plata un hermoso regalo que quiero agradecer en estas líneas introductorias. Hay encargos que sobrellevas con paciencia y sacrificio. Y otros que te llenan de alegría el corazón y que aceptas con gratitud. Este ha sido un claro ejemplo de los segundos.

El primer motivo que tengo para agradecer el regalo es el de su confianza. Me otorgó el honor de abrir la puerta a un libro que considero magnífico. Ya diré por qué. Publiqué hace años una obra con prólogos que había escrito para libros sobre educación. La titulé «Pase y lea» (Santos Guerra, 2015). El prologuista le dice a quien se dispone a leer que merece la pena atravesar esa puerta, que disfrutará al descubrir lo que hay dentro y que saldrá enriquecido y fortalecido intelectual y afectivamente. Y explica por qué será así. El prologuista dice: pase, lea, disfrute y aprenda. Nunca antes, que yo sepa, se había escrito un libro con Prólogos porque el de Jorge Luis Borges titulado «Prólogos con un prólogo de prólogos» contiene sus introducciones a diversas obras y no prólogos propiamente dichos como encargos de otro autor.

Stanilaw Lem escribió un pequeño tratado de prologología con el título «Un valor imaginario». Pero no contiene prólogos reales sino algunos imaginarios. El libro de Lem, que analiza con ingenio la naturaleza y tipología de los prólogos, comienza con estas palabras: «El arte de escribir prólogos lleva tiempo clamando por que se le otorguen títulos de nobleza. Asimismo, yo llevo tiempo sintiendo el apremio de dar satisfacción a esa literatura marginada, que guarda silencio sobre sí misma desde hace cuarenta siglos, esclava de las obras a las que vive encadenada». Que la profesora Leite Méndez me haya pedido la redacción de este prólogo ha constituido para mí, pues, una alegría y un honor. Gracias.

El segundo motivo de gratitud por este precioso regalo es la naturaleza del contenido de la obra. Se trata de un conjunto variado de relatos de alumnos y alumnas del máster Políticas y Prácticas de Innovación Educativa sobre experiencias vividas y vívidas de evaluación. El núcleo temático es, pues, la evaluación. La evaluación de los aprendizajes, fundamentalmente. No olvidemos que en inglés diferencian de manera más precisa y hablan de *assessment*, *accountability*, *appraisal*, *self-evaluation*, *research*, etc.

La evaluación no es solo un fenómeno técnico, es un fenómeno que está lleno de connotaciones éticas, sociológicas y afectivas. La evaluación pone sobre el tapete todas nuestras concepciones, principios y actitudes, de tal modo que se puede muy bien decir: dime cómo evalúas y te diré qué tipo de profesional (y de persona) eres. La evaluación condiciona el profesorado de enseñanza y aprendizaje. Una evaluación de naturaleza pobre propicia un proceso de enseñanza y aprendizaje pobre. Hablamos de evaluación educativa no solo porque versa sobre cuestiones relacionadas con la educación sino porque educa a quien la hace y a quien la recibe. Y para que haya educación tiene que haber amor.

He dedicado a este importante tema de la evaluación doce de mis ochenta libros. Cada día me asaltan más inquietudes y preguntas. Sé que la duda es un estado incómodo, pero la certeza es un estado intelectualmente ridículo. La lectura de estos textos me ha brindado algunas respuestas y ha suscitado un cúmulo de nuevas preguntas. Todo libro debería llevar este subtítulo: Preguntas y respuestas y preguntas...

Más que evaluar mucho y más que evaluar técnicamente bien es saber a quién beneficia y a quién perjudica la evaluación, qué valores promueve y qué valores destruye. ¿Para qué, pues, tanta evaluación? Hay finalidades ricas, finalidades pobres, finalidades estériles y finalidades espurias. En algún curso he realizado la siguiente experiencia. He presentado varias finalidades posibles de la evaluación: comprobar, medir, clasificar, aprender, mejorar, comparar, dialogar, formar, seleccionar, diagnosticar, controlar, jerarquizar, torturar, comprender... He pedido que elijan, de entre ellas, la que consideren más valiosa o más importante. Lo han hecho. Las funciones elegidas suelen ser: aprender, mejorar, formar, dialogar, comprender... Luego he pedido que elijan la función más presente en el sistema educativo de su país. Y en todos han elegido las siguientes: medir, clasificar, comparar, seleccionar, jerarquizar, controlar, torturar... La pregunta consecuente es la siguiente: ¿por qué no coinciden las funciones ideales con las reales?, ¿Por qué no son las más presentes aquellas que se consideran más importantes y valiosas?

El tercer motivo de gratitud por el regalo que me ha hecho Analía es vincularme de nuevo a un máster del Departamento de Didáctica y Organización Escolar de la Facultad de Educación de la Universidad de Málaga en el que impartí docencia durante muchos años en esta misma asignatura, que ella «heredó» y mejoró. Me he visto, mientras redacto este prólogo, en aquellas aulas, en el debate intenso y la emoción crecida. Me he visto en muchas tardes compartiendo ideas, experiencias, ejercicios y emociones... ¡Cómo han pasado los años!

Ahora, ya jubilado, imparto un módulo de diez horas en el marco de esta asignatura que, como reza el título, está encaminada a reflexionar sobre la evaluación como un potente camino hacia la mejora de la enseñanza y del aprendizaje.

Precisamente fue una de esas clases la que cerró el ciclo profesional docente de mi vida. Aun recuerdo aquellas lágrimas y aquel homenaje, aquellas flores, aquellas fotos y aquellos abrazos. Puse el punto final de mi vida docente en una clase de este máster, cuyos alumnos y alumnas han tenido el coraje y la sabiduría de escribir sobre sus vidas para compartirlas con quienes se asomen a estas páginas que están escritas, a medias, entre mente y corazón.

Todavía hay más. Los motivos de gratitud por el regalo se diversifican y se profundizan. Me refiero ahora no al contenido del libro sino al arte y a la ciencia de la escritura. Porque este grupo de alumnos y alumnas ha mirado hacia su experiencia y se ha puesto a escribir sobre ella. He insistido e insisto tanto en la necesidad de escribir, que me complace prologar un libro sobre narraciones de experiencias. Cuando escribimos, hemos de ordenar y estructurar el pensamiento caótico y errático que tenemos sobre un tema, en este caso, sobre la evaluación de los aprendizajes. La escritura nos hace comprender. Hay que saber escribir. Y a escribir se aprende escribiendo. Y hay que difundir. No es solo la redacción de un trabajo. Se trata de un libro que tendrá difusión y que llegará a miles de personas. Otros y otras se mirarán en el espejo de la vida de los autores y autoras de este libro que tienes en las manos.

He disfrutado y he sufrido leyendo los variados relatos (desde el cuento «La nube roja», de Sally Yapp Rheana a la emocionante historia de Ana Becerra Martínez titulada «Y entre las fronteras y los horizontes, siempre TÚ»). Dice Ana: «Tan solo son diez letras las que forjan dicho término, pero cuánto peso presentan... La experiencia con la evaluación a lo largo de mi vida ha sido similar en las diferentes etapas, lo cual me entristece».

Podría citar algún párrafo de cada relato, porque todos ellos contienen ideas y sentimientos relevantes. Haré referencia solo a algunos, a modo de ejemplo. Dice Esperanza Pilar Corbacho Mazón, con un tono inquietante, que choca con su nombre, de contenido tan optimista: «Casi veinte años después de finalizar mi enseñanza obligatoria me doy cuenta de que todo sigue igual: un sistema memorístico, competitivo, y segregador en el que se siguen valorando habilidades que posiblemente no son nada útiles para el futuro que nos espera».

María José Palma Moreno, nos cuenta una experiencia que está en los antípodas del diálogo fecundo que debería propiciar la evaluación «¿Cómo tienes

la cara de venir a reclamar?, me preguntó. Nunca olvidaré la frase que vino a continuación: Anda, vete de aquí y céntrate, que es lo que tienen que hacer. Y para la próxima estudia mejor». ¿Quién se atrevería a volver a negociar?

«La evaluación, desde mi experiencia, lejos de suponer un aprendizaje como indica el nombre de este módulo (La evaluación como aprendizaje) ha supuesto más bien momentos de tensión y angustia», dice Adrián Jiménez Jurado).

«Llegué a odiar la guitarra y a ella (la profesora), no quise saber nada de música por mucho tiempo al acabar mis diez años de estudio», apunta con dolor Laura Andrea Pañagua Domínguez.

«Para ella, mis compañeros y yo teníamos más de loros que de personas, pues al parecer no servíamos para otra cosa que para repetir lo que otros habían dicho». Dice en un lugar de su relato Ana Márquez Román.

«En ese momento me sentí avergonzada y derrotada. No sabía por qué tenía que hacer aquello, por qué lo hacía mal o qué tenía que hacer para hacerlo bien», escribe Gabriela María Flores Ávila González.

Me pregunto por qué es tan recurrente el entramado de sentimientos angustiosos si la evaluación ha de ser un proceso de diálogo, comprensión y mejora (Santos Guerra, 1993).

Todos los relatos tienen el foco en vivencias relacionadas con la evaluación. Hemos sido evaluados y evaluadas cientos de veces. Y hemos sentido emociones profundas al vivir los procesos evaluadores desde el lado que no es precisamente el del poder. Porque la evaluación, como todo el mundo sabe, tiene poder. Hace unos años publiqué un libro titulado *Evaluar con el corazón* (Santos Guerra, 2017) y en uno de los capítulos, «Tatuajes en el alma: aprendizaje sobre la evaluación a través de la experiencia», recojo testimonios de mis alumnos y alumnas en los que dejan al descubierto las profundas emociones que vivieron. Siempre me estremezco cuando releo esos textos. La escuela ha sido siempre el reino de lo cognitivo, pocas veces el reino de lo afectivo. Pero está muy claro que la vida de las personas, el cogollo de la identidad está impregnado de sentimientos. No somos los profesores y profesoras máquinas de evaluar y los alumnos y alumnas máquinas que son evaluadas. En los textos se manifiesta de forma meridiana el entramado infinito de sentimientos que despierta este proceso que puede y debe ser salvífico pero que, en algunos casos, resulta demoledor.

Pero será mejor que quien lee estos testimonios se adentre en el corazón de los relatos, teñidos muchos de ellos de inquietantes sensaciones de preocupación y de dolor. La evaluación encierra poder y el poder no siempre se utiliza al servicio de las personas.

La profesora Leite ha brindado a sus alumnos y alumnas de la asignatura la oportunidad de contar y de contarse. Muchas historias son dolorosas, pero al contarlas pueden sanar a quien escribe y a quien lee. Acabo de redactar el prólogo de un libro coordinado por el profesor Arnaldo Canales, presidente de la Fundación Liderazgo Chile. Se titula «Historias que sanan» (Canales, 2020). Se trata de una colección de 14 relatos de alumnos y alumnas que han sufrido *bullying* en la escuela. Todavía no ha visto la luz, pero ya está iluminando la mente de quienes tuvieron el valor de contar y compartir.

He leído el libro que estoy prologando con la emoción de un novato, con las rodillas del alma puestas en el suelo, con el corazón cargado de recuerdos, con la esperanza de que muchos lectores y lectoras se puedan asomar a sus páginas para aprender, disfrutar y emocionarse.

Cómo no agradecer también la oportunidad de abrir una obra que se va a compartir, que se va a hacer presente en otras mentes, en otros corazones. Compartir es comprender, compartir es crecer, compartir es enriquecerse.

En definitiva, quiero agradecer a Analía Leite el hermoso regalo que me ha hecho invitándome a escribir este prólogo. «Solo un exceso es recomendable en el mundo: el exceso de gratitud», decía Jean de la Bruyère. La gratitud se extiende hacia los autores y las autoras. Me ha parecido una excelente idea que sean los que supuestamente tienen el oficio de aprender quienes nos enseñen a los que supuestamente tenemos el oficio de enseñar. Acabo de leer un excelente texto de Ezequiel Valen (2020), un alumno recién egresado de la Enseñanza Media, que debería ser de lectura obligatoria para los docentes y las docentes. Así termina la introducción el jovencísimo autor: «He aquí mi propósito: otorgarle al campo científico una perspectiva inédita e inaudita: la voz de un alumno. Infancia significa etimológicamente el que no habla, aquel que no tiene voz. El lenguaje otorga poder sobre las cosas; apropiárnoslo es fundamental para que la libertad sea una *condición para* y no un *resultado de*. Las reformas podrían consultar a aquellos que las padecen; la pregunta y la escucha son las vías para una virtual restitución de la voz».

Pues bien, eso ha hecho la profesora Analía E. Leite: liberar la voz y el sentimiento de sus alumnos y de sus alumnas. Una tarea que tiene que ver con el pensamiento y con la libertad. Gracias por el precioso regalo de poder decir, con intensa emoción, lo que dice un prologuista: pase y lea.

Referencias bibliográficas

- CANALES, A. (2020): *Historias que sanan*. Santiago. Fundación liderazgo Chile. (En prensa)
- SANTOS GUERRA, M. A. (1993): *La evaluación, un proceso de diálogo, comprensión y mejora*. Archidona. Ed. Aljibe.
- (2014): *Pase y lea. Prólogos para libros sobre educación*. Rosario. Ed. Homo Sapiens.
- (2017): *Evaluar con el corazón. De los ríos de las teorías la mar de la práctica*. Rosario. Ed. Homo Sapiens.
- (2020): *Educación del corazón. Los sentimientos en la escuela*. Rosario. Ed. Homo Sapiens.
- VALEN, E. (2020): *Crítica de la escuela media. Reflexiones de un recién egresado*. Rosario Ed. Homo Sapiens.